

LA CUARESMA, CAMINO DE ALEGRÍA HACIA LA PASCUA



JOSÉ MARÍA AVENDAÑO PEREA
Vicario general de la Diócesis de Getafe



El próximo 9 de marzo da comienzo una nueva Cuaresma, cuarenta días asociados en ocasiones a una visión de la fe como sacrificio. Sin ánimo de ignorar los desiertos que atraviesa nuestra vida (también la cristiana), mucho más en medio de la crisis global que nos azota, las páginas que siguen quieren ser una invitación a vivir este tiempo como un camino de alegría hacia la Pascua. Porque nuestro mundo, necesitado de Resurrección, espera sobre todo del cristiano que dé razón de su esperanza.

Conversión a la esperanza

INTRODUCCIÓN

Quiero comenzar esta reflexión sobre la Cuaresma pidiendo a Dios que ilumine los ojos de nuestro corazón, con el fin de iniciar el camino de estos cuarenta días preparatorios para el inmenso gozo de la Pascua, la fiesta de la Resurrección de **Jesús**, arrancando las costras del pesimismo y la desesperanza que con frecuencia atenazan, ponen sordina y mordaza a la frescura y a la alegría a las que la Trinidad Santa nos convoca. Pues el servicio específico que nosotros podemos hacer a los hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos de nuestra sociedad consiste en dar razón de la esperanza cristiana.

He aquí un camino de preparación para celebrar y vivir a fondo el misterio central de nuestra fe, que es la Resurrección de Jesucristo y la promesa de nuestra propia resurrección. En realidad, la Cuaresma presenta una visión alegre del mundo. A los ya bautizados les plantea una revisión de vida, en la divinización que les ha sido otorgada; a los no convertidos les propone, mediante el Bautismo, la entrada en una creación nueva. A todos, el valor sincero y leal de examinar la manera de ser, de ver dónde nos encontramos, lo que queremos, lo que entendemos como vida cristiana.

Se trata de un camino de conversión que conoce quien lo recorre, por eso escuchamos y acogemos el Miércoles de Ceniza las palabras del Señor: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15). La penitencia significa, sobre todo, conversión. Convertirse a Dios, entrar en lo profundo de uno mismo, pues vivimos a menudo amarrados por las actividades, la dispersión y las prisas. De ahí que el gesto de marcar la frente con la ceniza nos recuerda la

debilidad y la necesidad de convertirnos para acoger a Jesucristo y la belleza de su Evangelio con un corazón renovado. Para establecer una mejor relación con Dios, con uno mismo y con los demás.

¿Queremos esto sinceramente? ¿Queremos que cambie de rumbo nuestra vida? ¿Queremos que se transformen nuestra mente y nuestro corazón? ¿Queremos que nuestra vida gire en torno a Dios, a quien reconocemos como el centro y meta de nuestra existencia, y no en torno a nosotros mismos con actitudes egoístas a las que sometemos a las personas y las cosas que nos rodean, es decir, al pecado en sí mismo?... Preguntas que no se quedan sin horizonte, pues Dios, nuestro Padre, siempre sale a nuestro encuentro; su paciencia, misericordia y amor son infinitos, nos llena de alegría. Traigo a este respecto esta perla preciosa de santa **Teresa de Lisieux**: “Sí, estoy segura de que aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de Jesús, porque sé bien cuánto ama al hijo pródigo que vuelve a él”.

Pidamos a Dios, sin perder de vista los desiertos que nos corresponde transitar hasta que alcancemos la meta a la que Él nos convoca cada día, que nos conceda concretar el don de la fe, la esperanza y la caridad en los lugares donde se desarrolla nuestra vida, poniendo en práctica el sacerdocio común como laicos, sacerdotes, diáconos, religiosos o religiosas. Algo a lo que nos llama **Benedicto XVI** en la Cuaresma de este año, invitándonos a redescubrir nuestro Bautismo: “El Bautismo, por tanto, no es un rito del pasado, sino el encuentro con Cristo que conforma la existencia del bautizado,

le da la vida divina y lo llama a una conversión sincera, iniciada y sostenida por la Gracia, que lo lleva a alcanzar la talla adulta de Cristo”.

1. Cuaresma con “un colirio para que te des en los ojos y recobres la vista” (Ap 3, 18)

He salido a la calle en dirección al trabajo, dejándome llenar de la vida de Dios que nos abraza a todos, y de la vida de mis hermanos y hermanas que han comenzado el día con alegría y con esfuerzos. Son las ocho de la mañana. Veo hombres y mujeres, niños y jóvenes, mayores y enfermos, que necesitan la Luz de Dios para su casa, su familia, su trabajo, su dificultad, su enfermedad o su desconsuelo. Veo mujeres y hombres que se dirigen deprisa hacia el tren de cercanías Getafe-Madrid; veo jóvenes estudiantes que caminan hacia el instituto; veo unos abuelos que llevan a unos nietos, muy abrigados, de la mano; unos trabajadores municipales que están poniendo en marcha máquinas para arreglar el asfalto; un grupo numeroso a la puerta del ambulatorio médico: reconozco a **Piedad, Fernando, Mari, Alfonso...**; en la churrería está **Jacinto**, que lleva más de una hora haciendo churros, dice que “la cosa no marcha bien, se vende poco”; los camiones del pescado y de la fruta abastecen la galería comercial del barrio; **Javier**, amigo sacerdote, se prepara para celebrar la Eucaristía en la Catedral... Todos sosteniendo la vida propia y la ajena. “En Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28).

Y le digo al Señor: “Señor, ¡no vayas tan deprisa! Me cuesta seguirte. Vas demasiado deprisa para mí. Espérame, déjame alcanzarte. Quiero que unjas mis ojos con el colirio resucitador que tú llevas, aunque no soy digno para tal regalo”. Y oigo que me dice: “Abre la puerta, que quiero ponerme a la mesa contigo, y regalarte mi colirio para que recobres la vista, y mires el mundo como yo quiero”.

Dios nos llama a mirar la realidad con el colirio que Él nos da, aunque siempre atentos para desvirtuarlo, no suceda

que oigamos aquellas duras palabras: “Conozco tu conducta: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (Ap 3, 15). Nos cuesta ver la cara amable de este mundo y las potencialidades que se encierran.

Pero mirando desde los ojos de la fe la realidad de la Iglesia encarnada en nuestro mundo, y con la confianza que nos comunica el Señor –“Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20)–, se constata un período hermoso en su historia, que se sitúa en la unidad de la fe. El siglo XX, y lo que llevamos de siglo XXI, ha sido un tiempo de florecimiento espiritual y teológico que subraya actitudes personales y comunitarias en parroquias, comunidades eclesiales, movimientos, congregaciones, institutos seculares, hermandades, etc.:

■ Donde el alimento de la vida interior es la Palabra de Dios y la Eucaristía, como nos dice Jesucristo en el discurso del pan de vida: “El pan que Dios da es este que ha bajado del cielo y que da vida al mundo” (Jn 6, 33).

■ Donde la fe es el gran riesgo de la vida: “El que quiera asegurar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la hallará” (Mt 16, 25).

■ Donde los pobres son el centro por ser los amigos de Jesús, que se ha



hecho uno de ellos, y nos quedamos asombrados ante el Misterio de la Encarnación, ante la vida oculta de Nazaret, la vida desde Belén al Jordán, la Pasión, Muerte y Resurrección.

■ Donde los miedos se alejan ante lo nuevo, porque, más que temor, vemos en ello una oportunidad de Dios. Ahí están, por ejemplo, los jóvenes que con alegría y esfuerzo se preparan para la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Ellos nos enseñan, gracias a su sensibilidad, el coraje para distinguir lo que es verdadero de lo que es pura apariencia: “Examinad todo con discernimiento: quedaos con lo que es bueno, apartaos de toda clase de mal” (1 Tim 5, 21-22).

■ Donde la escucha del Evangelio de Jesucristo, la celebración de los sacramentos (en estos días, de modo especial, la Eucaristía y la Reconciliación), la oración, son alimento para el caminar diario y el principio de unificación de toda comunidad cristiana.

■ Donde la humildad nos lleva a dejar que el protagonismo sea del Espíritu Santo.

■ Donde el silencio y la oración ocupan un lugar esencial, alejándonos, poco a poco, de la perversa servidumbre a tanto ruido y verborrea, para conducirnos al sosiego y la paz interior.

■ Donde se anuncia el Evangelio y se propone la fe con palabras y obras, el testimonio creíble de la vida, respetando la libertad de cada uno, escuchando la indiferencia, practicando diálogos verdaderos y cultivando el arte de vivir en cristiano, formando comunidades fraternas y apostólicas.

A la vez, en la Iglesia existen realidades que no se pueden ocultar, y ante las que Cristo, que vela por su Cuerpo, nos ofrece su luz para ver y actuar sin miedo frente a las necesidades que se presentan en este momento histórico: “La fe católica, cristiana, ha sido con frecuencia demasiado individualista, dejando las cosas concretas, económicas, al mundo, y pensaba solo en la salvación individual, en los actos religiosos, sin ver que éstos implican una responsabilidad global, una

responsabilidad respecto al mundo”, recordaba Benedicto XVI a los periodistas en su viaje a Fátima de 2010. Y añadía: “Los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en ella... La mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia, y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, a aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales... Al final el Señor es más fuerte que el mal”. Del mismo modo, la envidia, la desconfianza, las ganas de hacer carrera... son tentaciones que tenemos que vencer, con la ayuda de Dios.

“Para poder responder a la llamada del Evangelio a la conversión –escribe **Juan Pablo II** en *Ecclesia in Europa*, 30–, debemos hacer todos juntos un humilde y valiente examen de conciencia para reconocer nuestros temores y nuestros errores, para confesar con sinceridad nuestras lentitudes, omisiones, infidelidades y culpas. En vez de adoptar actitudes huidizas de desaliento”.

Pero siempre, pase lo que pase, amando a la Iglesia de Jesucristo. Y “un amor realista de la Iglesia implica necesariamente recibir los golpes y llevar las llagas... Así le abrimos paso a la vida de Dios”, nos enseña la mística francesa **Madeleine Delbrêl**.

Igualmente, la humanidad nunca ha dispuesto de tantos medios materiales, sobre todo si pensamos en los que vivimos en las sociedades occidentales: gran avance técnico en sanidad, en vías de comunicación, en alimentación, en medios de comunicación, en seguridad y comodidad en la vivienda, pero, por desgracia, existen industrias de guerra; hay crisis económica, moral y espiritual; una sociedad individualista, donde lo que importa es pasarlo bien, olvidando a los que no tienen lo necesario para llevar una vida digna; un consumismo que reduce el deseo de trabajar por

el bien de nuestro prójimo (cómo no traer a la memoria a los pueblos de Haití, Somalia..., donde tantos hijos de Dios no tienen “dónde caerse vivos”); una banalidad de relaciones donde abunda el dolor por distintas causas. Se constata que el ser humano, la caridad, la justicia, no están en primer lugar, sino al servicio de la economía y de la política. Según datos del mes de enero, en España había entonces 4.696.600 desempleados y 1.300.000 familias en las que todos sus miembros están en paro, cifras dolorosas por toda la realidad personal y familiar que hay detrás de ellas. Ante este desolador horizonte, el Señor nos invita a la esperanza: “Reconozcamos en nuestros corazones a Cristo como Señor, estad siempre a punto para dar una respuesta a todo aquel que os pida razón de vuestra esperanza” (1 Pe 3, 15).

Empezamos, pues, la Cuaresma desde el espesor de la vida de cada día, con los pies en la tierra, pero, a la vez, con la alegría y el gozo de quienes hemos puesto la confianza en el Señor Jesús que nos ha llamado a colaborar con Él, a echarle una mano. “El programa del cristiano –el programa del Buen Samaritano, el programa de Jesús– es un ‘corazón que ve’. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (*Deus caritas est*, 31).

La alegría de estar dentro del amor de Dios comienza aquí abajo. Es la alegría



del Reino de Dios. Pero una alegría concedida a lo largo de un camino difícil, que requiere una confianza total en la Trinidad Santa, y dar preferencia a las cosas del Reino. El mensaje de Jesús es claro: “Dichosos vosotros los pobres, porque el Reino de los cielos es vuestro. Dichosos vosotros los que ahora pasáis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos vosotros los que ahora lloráis, porque reiréis” (Lc 6, 20-21), y la alegría pascual es la nueva presencia de Cristo resucitado, dispensando a los suyos el Espíritu, para que habite en ellos.

La alegría es un don que el mundo no puede darnos. La alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. Gal 5, 22), y participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cf. 1 Jn 1, 4). “Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia” (*Verbum Domini*, 2).

“Esta mirada bondadosa sobre los seres y sobre las cosas, fruto de un espíritu iluminado y fruto del Espíritu Santo, halla en los cristianos un lugar privilegiado de renovación: la celebración del misterio pascual de Jesús... Cristo crucificado y glorificado viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su Resurrección. Es la cumbre, aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la Fiesta eterna”, nos regala el papa **Pablo VI** en la exhortación apostólica *Gaudete in Domino*, 77.

2. Cuaresma, tiempo de cuarentena para redescubrir nuestra vocación y amistad con Jesucristo

La Cuaresma es colaboración del hombre con Dios. Tiempo de penitencia, de conversión, para convertirnos más a Dios, acercarnos a Jesucristo, volvernos hacia los hermanos. Es un tiempo de revisión de nuestra vida, de mirarnos honestamente delante del espejo de Dios y preguntarnos si en verdad está siendo la vida de Dios el horizonte de nuestra vida. Un tiempo de revisión y de enmienda, de ablandar la dureza

de corazón, de rectificar, haciendo un transparente examen de conciencia para ver si se está debilitando nuestra relación con Dios y con el prójimo, en la familia, con los amigos, en la vida profesional, especialmente con los más débiles, los pobres, los que no cuentan para el mundo. Un tiempo para progresar: “Solo Dios basta”, enseñaba santa **Teresa de Jesús**; “oh cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados, formases de repente, los ojos deseados que tengo en mis entrañas dibujados”, escribía san **Juan de la Cruz**. El encuentro personal con Cristo, en la fe y en el amor, cambia nuestra vida. Estamos ante un tiempo para preparar a los que quieren recibir el Bautismo, y reavivar la fe de los bautizados, mediante el catecumenado, la reconciliación de los penitentes y el cuidado espiritual de la vida del Pueblo Santo de Dios. Anticipo del triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte, el triunfo de la Vida. Vivir de modo más radical el Amor de Cristo.

Esto requiere: escucha, purificación del pecado, esfuerzo, convertirnos a Dios. Reconocer nuestra debilidad, acoger la Gracia del sacramento de la Penitencia y caminar hacia Cristo. Experimentaremos la prueba, la austeridad, la soledad, el desprendimiento, la oración y el encuentro con Dios. Iremos muriendo al hombre viejo. Se nos purificará la mirada para ver al mundo y al hombre desde Dios. Es un tiempo de lucha espiritual, de tentación, de fidelidad al Señor. Recordaremos los cuarenta años que peregrinó el pueblo de Israel por el desierto, y los cuarenta días de Jesús también en el desierto.

Debemos atender a los aspectos importantes de nuestra vida; ir a lo esencial: oración, penitencia, conversión, renovación, limosna, ayuno... Pasar de la compasión al compromiso, colaborando en la edificación del Reino de Dios.

Son cuarenta días para reflexionar y volver sobre nosotros mismos. San **Francisco de Asís** lo hizo por medio de la enfermedad; para san **Ignacio de Loyola**, fue la convalecencia; el venerable **Pedro Bienvenido** se dejó encontrar por Dios al experimentar lo efímero de las cosas; para tantos

hombres y mujeres, o para nosotros mismos, es el paso simbólico por el desierto, despojándonos de lo superfluo y lo que es pasajero, sin consistencia, dejándonos mirar por Dios que nos libera del peso del pecado y nos ofrece a manos llenas su perdón. Y valorar a ese Dios como el Tesoro de nuestra vida, al que no se puede comparar ningún bien terrenal.

3. A través del desierto

“Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16).

Felipe es un trabajador que lo está pasando mal, está preocupado y se ha retirado unos días al Monasterio



de Buena Fuente del Sistol, quiere encontrarse consigo mismo y con Dios. Pide que recemos por él. **Liliana**, mujer inmigrante cristiana, añora su tierra y su familia. **Magdalena** se confiesa agnóstica, pero quiere encontrarse con Cristo.

La alegría es fruto del Espíritu Santo, que nos une a la alegría del Padre y del Hijo, se alimenta en la Palabra, en la Eucaristía, en la Reconciliación, en la presencia con compasión y misericordia entrañable hacia los pobres.

Oración, limosna y ayuno constituyen una única realidad, que en medio de los desiertos de la vida nos conduce a agradecer a Dios todos los gestos de fraternidad, de auténtica humanidad,

que concretan y llevan a cabo los hombres y mujeres de nuestro tiempo con los que hacemos el camino de la vida. “¡Gracias sean dadas a Dios, que nos lleva siempre en su triunfo, en Cristo, y por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento!” (2 Cor 2, 14). Este es un tiempo para dejar de vivir en la negatividad y proponerme mirar y descubrir las realidades positivas de los demás. En lugar de ahorrar para no gastar, compartir con los demás. En lugar de aislarme, visitar a ese vecino que desde hace tiempo no hablo con él.

La Cuaresma es una peregrinación en la que el Señor nos acompaña a través del desierto de nuestra pobreza, sosteniéndonos en el camino hacia la alegría inmensa de la Pascua. Incluso en el “valle oscuro” que nos refiere el salmista (Sal 23, 4), mientras el tentador nos seduce a que desesperemos o a confiar de manera ilusoria en nuestras propias fuerzas, Dios nos protege, arropa y sostiene. “El desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre”, enseñaba Benedicto XVI en la primera homilía de su pontificado. Pero conscientes de que, aunque atravesemos diferentes desiertos, Dios siempre está cerca, es nuestro mejor aliado. El Dios de la Vida que sacó a su Hijo de la muerte nos llama a todos a vivir.

■ En el desierto se descubre el paisaje interior de cada uno, se escucha y experimenta la voz de las entrañas, se purifica la vanidad, el orgullo, la desconfianza, la competitividad, las ganas de hacer carrera, la envidia, la dispersión, la superficialidad. Se gusta la paternidad de Dios.

■ En el desierto se aprende a ser paciente, respetuoso, escuchante, de la brisa suave de Dios y de los hermanos, como el profeta **Elías**, apreciando y valorando la gratuidad y la donación sin límites del Amor de Dios.

■ En el desierto se vive solo de lo necesario, se curan las heridas, se valora el vaso de agua fresca y el pan tierno con el que Dios nos alimenta e

hidrata cada día. Se experimenta la debilidad, la pequeñez y la pobreza.

■ En el desierto se fragua y fortalece la amistad con Dios y con el prójimo. Se acrisola la verdadera amistad y el verdadero Amor, y los amores; Dios nos habla al corazón.

■ En el desierto se experimenta la lealtad y la fidelidad amorosa hacia Dios, el encuentro con Dios, el Amor de nuestra vida.

Al regresar del desierto, junto a la sensación de la fragilidad, traemos el tesoro de que solo una cosa es necesaria: la verdad de nuestra filiación. Somos amados de manera gratuita desde toda la eternidad y para siempre: “El amor consiste en esto: no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que Él nos ha amado primero y ha enviado a su Hijo como víctima que expía nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

La experiencia de la conversión comporta experiencia de Dios, experiencia de amor, porque Dios es amor. “Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 3, 8). Tan es así que el Espíritu nos da “pies de gacela” y “alas de colibrí” para que caminemos, a pesar de los pesares, con la alegría de la salvación.

4. Con oración para el gozo

María Dolores es una mujer valiente; cuida de su familia, trabaja en el servicio doméstico ganando el pan para los suyos, y es una mujer cristiana normal, es feliz, y la oración para ella es como el aire que respira. **Pedro** ayuda en Cáritas de la parroquia, y lo primero que hace es reunirse con su equipo y rezar juntos a Dios, nuestro Padre.

La oración, personal y comunitaria, es la primera actividad de la Cuaresma, camino de la verdadera alegría. Todo se apoya en la vida espiritual. El ayuno exige la oración; la ascesis y la voluntad de alcanzar al prójimo con un amor fraterno y generoso repercuten en la calidad y el poder de la oración. “Para que nuestras oraciones puedan más fácilmente tomar su vuelo y llegar hasta Dios, es preciso darles el doble ceremonial de la limosna y el ayuno”, decía san **Agustín**.

La Cuaresma ha de ser, ante todo, un tiempo de oración, y la oración tiene

el alimento del amor, absteniéndose siempre de hacer daño a los demás y a nosotros mismos. Orar es entrar en la profundidad de todo gracias a la Presencia de Dios. Es contemplar la hermosura de todo lo creado, es agradecer, amar, dejarse iluminar por la Palabra de Dios que se ha hecho vida en Jesucristo.

La oración es una realidad que puede cambiar el mundo, porque hace presente la fuerza de Dios. En la oración Dios nos escucha, y entra en nuestra vida, se hace presente entre nosotros, actúa en nosotros. Mantiene encendida la llama de la fe, es expresión de la fe. Cuando la fe se colma de amor a Dios, la oración se hace perseverante; se convierte en un gemido del espíritu, un grito del alma que se adentra en el corazón de Dios. “Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En fin, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús”, confesaba santa **Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz**.

Jesús nos enseña a orar y a confiar: “Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro...” (Mt 6, 9).

Es necesario prever un tiempo para la oración diaria con verdadero gozo. Por la mañana, en casa, antes de iniciar todas las tareas de la jornada.



Al atardecer, en una parroquia; en casa o ante el Santísimo Sacramento, como aquí en Getafe, donde tenemos una capilla para la Adoración Perpetua que ha cumplido ahora su primer aniversario; o si vas y vienes, cuando inviertes tanto tiempo viajando en coche, en metro o autobús, a mí me ayuda y da fuerza rezar el Rosario o meditar, a modo de letanía, la oración de Jesús: “Señor, Jesús, Hijo de **David**, ten misericordia de mí”. **Visi**, en Basida con sus hermanos de comunidad, empieza su misión diaria a las seis de la mañana orando ante el sagrario; ahí encuentran la fuerza para la misericordia entrañable con los enfermos de sida. **Carmen** hace de su jornada, en la secretaría donde trabaja, un auténtico icono de las palabras de san Pablo, que siente a todas horas que el Señor está cerca: “Si vivimos, vivimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor”. **Trinidad** es religiosa franciscana concepcionista, y su entrega, personal y comunitaria, es la oración por todos nosotros, “lmparilla que alumbra las oscuridades del mundo”; es también la oración de la parroquia de Santa Beatriz de Silva donde estoy sirviendo a Cristo y a mis hermanos.

Afirma un pensamiento de **Gandhi**: “Es mejor poner el corazón en la oración sin encontrar palabras, que encontrar palabras sin poner el corazón”.



Miremos la realidad de donde vivimos, el pueblo o la ciudad, donde con seguridad no falta gente buena, culturalmente preparada, con empleo, con una vida familiar tranquila. Pero para otros vivir no es sencillo: numerosas situaciones de pobreza, de discapacidad física o mental, carencia de trabajo, problemas de vivienda, falta de perspectivas de futuro, violencia, desamor, soledad, enfermedad, dolor... Aquí la oración hace posible la alegría y el gozo de confiar incondicionalmente en Dios y ser testigos valientes del Evangelio.

5. Con limosna para la esperanza

Félix es padre de familia, un hombre normal, un cristiano normal, y, además de atender su trabajo, colabora en el comedor benéfico 'Madre de la Alegría' en Leganés, y se le ve gozoso sirviendo a los más pobres de entre los pobres.

Eduardo es seminarista, y los fines de semana acude al albergue de las Misioneras de la Caridad de la **Madre Teresa de Calcuta**, dando su tiempo. Sus testimonios están lejos del consumismo.

La limosna es fuente de riqueza. Ya nos dice Jesús: "No podéis servir a Dios y al dinero" (Lc 16, 13). La limosna nos ayuda a vencer la constante tentación del dinero, y nos educa para socorrer al prójimo en lo que necesita, compartiendo con los demás lo que tenemos por la bondad de Dios.

Una de las formas concretas de la caridad fraterna es la limosna que tiene dos alas sobre la que la oración vuela hacia Dios: "El perdón de las ofensas y la limosna hecha al indigente", vuelve a enseñarnos san Agustín.

La limosna, al acercarnos a los demás, nos acerca a Dios y es un instrumento de verdadera conversión y reconciliación con Dios y con los hermanos. "La caridad cubre multitud de pecados", escribe san **Pedro** (1 Pe 4, 8).

Hemos de pedir a Dios el don de la concreción, de concretar la caridad con el prójimo necesitado. Que ilumine los ojos de nuestro corazón para ver a los hombres y mujeres con los que hacemos el camino de la vida como hermanos nuestros, y a Dios como el Padre de todos. En esta cuarentena, Dios sostiene y alimenta con su Gracia toda nuestra

persona, a fin de no dejar para otro día la gratuidad y el sacrificio.

Visitar y cuidar a algunos enfermos y a los que están solos de la parroquia, de la vecindad, del hospital... Pararnos y llamar por su nombre a esas personas indigentes, bastantes de ellas sin techo, pobres de solemnidad, que con frecuencia piden limosna en la puerta del templo. Estar atentos, con caridad fraterna y pastoral, de esa familia en la que todos los miembros están en paro y la angustia está rondando sus corazones. Acercarnos a la residencia de ancianos cercana, esa donde sabemos que hay personas conocidas o en la que experimentamos la alegría y la esperanza de esos mayores cuando estamos con ellos, sin prisas, acompañando esta etapa de sus vidas, en muchos de ellos de desierto; **Inmaculada, Josefa, Manuel...** son ancianos que conozco y están muy solos. Implicarnos algo más en la transformación de la sociedad, como Dios quiere, comenzando por nosotros, nuestra familia, los vecinos, la parroquia y los que, de mil formas, buscan a Dios.

"Ninguna devoción en los fieles es más agradable a Dios que la que se dedica a sus pobres; allí donde Dios encuentra la preocupación por la misericordia, reconoce la imagen de su propia bondad", afirma san **León Magno** en unos de sus Sermones sobre



la Cuaresma. Por eso, la purificación interior ha de ir acompañada de un gesto de comunión eclesial, como ocurría en la Iglesia primitiva. San Pablo nos relata la colecta en beneficio de la comunidad de Jerusalén (cf. 2 Cor 8, 9; Rm 15, 25-27). Los bienes materiales tienen un valor social, según el principio de su destino universal (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2404); no somos propietarios de los bienes que tenemos, sino administradores, el Señor nos invita a ser un instrumento de su Providencia hacia nuestro prójimo, sin que el corazón se hinche de vanagloria. Como sabemos que "Dios ve en lo secreto" y en lo secreto recompensará, no busca el reconocimiento humano por las obras de misericordia que lleva a cabo. "Nunca contéis las monedas que dais, porque yo digo siempre: si cuando damos limosna la mano izquierda no tiene que saber lo que hace la derecha, tampoco la derecha tiene que saberlo", recomendaba san **José Benito Cottolengo**.

La práctica de la limosna nos ayuda a crecer con esperanza en la caridad y a reconocer en los pobres a Cristo mismo.

6. Con ayuno para la alegría

José es sacerdote, amigo, y hace del ayuno el alimento, el perfume de su vida cristiana y de su ministerio sacerdotal. **Jorja**, madre de familia, es catequista, y lleva la fragancia del cristianismo con austeridad. Mientras tanto, se nos parte el corazón ante la multitud de personas que mueren de hambre, o esos inmigrantes que han sido rescatados en nuestro país y a quienes se les obligaba a trabajar muchísimas horas alimentados con comida para perros.

"Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de hacer un ayuno durante cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre" (Mt 4, 1-2). Jesús orando y ayunando se preparó para su misión, cuyo inicio supuso un duro enfrentamiento con el tentador.

El verdadero ayuno tiene como finalidad comer el "alimento verdadero", que es hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34), desear humildemente a Dios, confiando siempre en su bondad y su misericordia.

A la vez, el ayuno contribuye a que tomemos conciencia de la situación en la que viven muchos de nuestros hermanos, mostrando que el prójimo que atraviesa dificultades no nos es extraño. “Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?” (1 Jn 3, 17). Por eso, cuando hacemos más pobre nuestra mesa, superamos el egoísmo y vivimos en el Amor.

“El ayuno, en efecto, es el alma de la oración, y la misericordia es la vida del ayuno. Que nadie trate de dividirlos, pues no pueden separarse... Quien ora, que ayune; quien ayuna, que se compadezca; que preste oídos a quien le suplica aquel que, al suplicar, desea que se le oiga, pues Dios presta oído a quien no cierra los suyos al que le suplica”. Hermosa joya de un testigo creíble de Cristo como san **Pedro Crisólogo**. La dimensión profética del ayuno cristiano orienta nuestra vida a compartir, a no acumular; nos aleja del confort, del consumismo, de acaparar cosas innecesarias, de la seducción del poder y la envidia. Nos llama a avivar la caridad y el autocontrol.

El ayuno sincero contribuye a fortalecer la libertad interior frente a las falsas necesidades, nos exige renovar y confirmar el deseo de recurrir a Dios, de purificar nuestra vida y ejercitarnos en la oración y en la justicia. “El ayuno que yo quiero es este: que rompas las cadenas injustas y levantes los yugos opresores, que compartas tu pan con el hambriento y abras tu casa al pobre sin techo, que vistas al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano”, proclama el profeta **Isaías** (Is 58, 6-9).

La Cuaresma es un tiempo para vivir con alegría la sobriedad, la privación de cosas superfluas, para dedicarnos con más intensidad a lo verdaderamente importante. El amor a Cristo, a su Iglesia, encarnados en este mundo concreto “real”, no “imaginado”, ni “soñado”, lejos de la pereza, la instalación y la comodidad. Desde luego, el ayuno que más agrada a Dios es que nos abstengamos de pecar.

Juan Pablo II nos enseñaba que el ayuno tiene como fin último ayudarnos a cada uno de nosotros a hacer don total

de uno mismo a Dios, alejando todo lo que distrae el espíritu e intensificar lo que alimenta el alma y nos abre al amor de Dios y del prójimo. Ayuno personal y comunitario, cuidando la escucha de la Palabra de Dios, la oración y la limosna.

A MODO DE COLACIÓN

Y oigo que el Señor me dice: “Alégrate, hijo mío, por esta Cuaresma, abre los ojos, pues vengo a ti en las cosas pequeñas, en los más humildes detalles”.

La alegría de Cristo dinamiza nuestra esperanza para invitar a “gustar internamente” la belleza del Evangelio de Jesucristo y de su Iglesia. Se nos llama y se nos convoca a participar de la alegría pascual del Resucitado, que

no deja de la mano, ni abandona, a sus amigos. Cuidemos nuestra mirada, con el fin de descubrir, contemplar y agradecer la multitud de signos de la alegría de Dios en los acontecimientos cotidianos.

Es en Cristo donde se nos ha revelado el infinito amor de Dios por cada hombre, y creer en Él se hace concreto en su seguimiento. Creer en Cristo, lo decisivo para la conversión, nos invita a salir al encuentro de todos los destinatarios de su amor: “Si Dios nos ha amado, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4, 11).

En toda esta ascesis y sacrificio cuaresmal el cristiano no está aislado y el objeto de sus esfuerzos no queda concentrado únicamente en él mismo. Es toda la Iglesia la que participa, centrando la atención en las catecúmenos que se preparan para el Bautismo (en nuestra Diócesis de Getafe son cerca de treinta los que por el Bautismo serán injertados en Cristo, revestidos de Cristo, renunciando al tentador).

Al dedicar tiempo y sosiego, veremos que se van clarificando nuestros deseos y los concretamos en decisiones efectivas, y esto nos conduce a la confesión reposada de nuestros pecados en el sacramento de la Penitencia, la confesión. Y allí se nos anuncia, en nombre de Jesucristo y de la Iglesia, el perdón de Dios.

No puedo terminar sin traer el bello icono de la alegría de Dios, manifestado en la Virgen **María**. Ella es dichosa porque tiene fe, porque ha creído, y en esta fe ha acogido en el propio seno al Verbo de Dios para entregarlo al mundo. “Ante la exclamación de una mujer que entre la muchedumbre quiere exaltar el vientre que lo ha llevado y los pechos que lo han criado, Jesús muestra el secreto de la verdadera alegría: ‘Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen’ (Lc 11, 28)”, nos dice Benedicto XVI en la exhortación apostólica *Verbum Domini*.

Cuaresma, un tiempo de vida de Dios, de cuarentena, de esfuerzo, de sacrificio, de conversión, y que nos ayuda a crecer humana y cristianamente, con la alegría que Dios quiere para todos nosotros, sus hijos. Disfrutemos de este tiempo que Él nos regala. ¡Feliz Cuaresma!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Adrien Nocent**, *Celebrar a Jesucristo. Cuaresma*, Sal Terrae, Santander 1985.
- **Ángel Moreno de Buenafuente**, Pliego del n.º 2.591 de *Vida Nueva* (2007).
- **José Pedro Manglano**, *Homilias de Benedicto XVI*, Cobel Ediciones, Madrid 2009.
- **Vincenzo Paglia**, *De la compasión al compromiso*, Narcea, Madrid 2009.
- **Giorgio Lambertenghi**, *La oración, medicina del alma y del cuerpo*, Narcea, Madrid 2009.
- **Pablo VI**, *Exhortación Apostólica ‘Gaudete in Domino’*, San Pablo, Madrid 1975.
- **Benedicto XVI**, *Exhortación Apostólica ‘Verbum Domini’*, San Pablo, Madrid 2011.
- **Juan Pablo II**, *Carta Apostólica ‘Novo Millennio Ineunte’*, San Pablo, Madrid 2001.
- **Juan Pablo II**, *Exhortación Apostólica ‘Ecclesia in Europa’*, San Pablo, Madrid 2003.
- **Juan Martín Velasco**, *Orar para vivir*, PPC, Madrid 2008.
- **Teresa de Lisieux**, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1980.
- **Carlo M. Martini**, Ponencia en el 44.º Capítulo General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Roma, 3-V-2007.
- **Madeleine Delbrêl**, *Nosotros, gente común y corriente*, Lumen, Argentina 2008.